

Año 1949
29 mayo

(51)

✓ 21 ABE

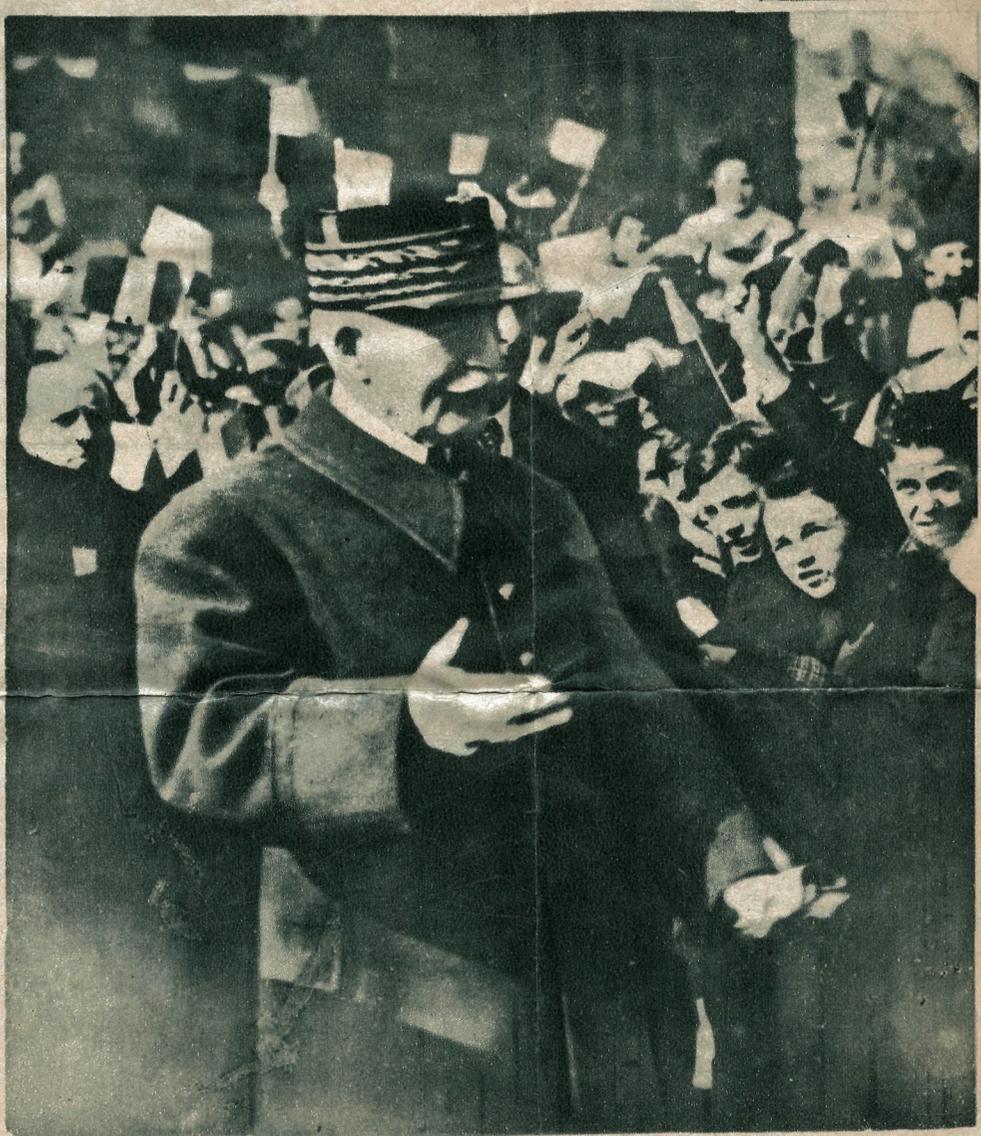
CARTA ABIERTA AL MARQUES ANDRE DE BELLEVAL

ME parece muy bien, distinguido señor, que haya usted cantado la *Marsellesa* en el Salón de Ventas de la rue Drouot, de París, cuando salieron a subasta los bienes privados del mariscal Pétain. Al principio no se percibe la congruencia entre ambos hechos: de un lado, el martillete del rematante; del otro, los versos de Rouget de l'Isle, pero, apenas se ahonda un poco y uno se pone a pensar en lo sucedido, acaba entendiéndolo todo.

Usted, marqués, cantó la *Marsellesa* a la desesperada. Antes, sin duda alguna, habría expresado su disconformidad con cuanto en torno del mariscal sucede, por caminos diferentes: cartas de protesta, tal vez; tal vez artículos o discursos, según lo creyera adecuado. Deseaba, al igual de millones de sus compatriotas, que no se llevara la persecución al extremo que se ha llevado y que se liberara al mariscal de la cárcel que sufre. Pero fracasó. El mariscal Pétain continúa en su celda, y sus bienes fueron ofrecidos a la puja la llana en el Salón de Ventas parisino.

La *Marsellesa*, que usted entonó enardecidamente, respondía a su deseo de oponer un símbolo de autenticidad francesa a una actitud que a usted le parece traicionarla. No se ajusta, no, la verdad sea dicha, a la tónica general que a la vida francesa distingue y en la que todo señorío y delicadeza tienen su asiento, esta vindictiva cólera, este ensañamiento tenaz, este encono cruelísimo que somete a prisión al mariscal Pétain, despojando de su jerarquía militar y de sus comodidades más elementales. Rueda acuñada, y es un galardón meritísimo y envidiable que así se le discierne a su país, la frase hecha de "la dulce Francia". Se simbolizan en ella un clima general de cortesanía y de agrado, en el que muy delicadas flores se ofrecen, de varias maneras, a quien lo transita, en el que, sobre una maravillosa educación colectiva, brillan, con luces propias, innumerables gemas individuales, de las que uno mide, asombrado, los quilates de pureza que logra una civilización milenaria, permanentemente decantada. Hay gestos, palabras, actitudes que exigen la lenta gestación de una estalagmita, y la cortesía francesa no es avara en producir con espontaneidad muchas de esas joyas impagables. He aquí, sin embargo, que, de pronto, abdicó de todos sus característicos atributos

—¡ay! ese veta de esclavismo que entenebrece a Francia...—y con una violencia y un rigor sin límites descarga sus anatemas sobre una figura nobilísima, a la que, sean cuales sean sus culpas pasadas, si acaso las tiene—y Dios me librará de la insensatez de analizarlas—abonan, primero, una hoja de servicios a su país que acaso algún francés le iguale—y sospecho que no—, pero que ninguno le supera, y, segundo, una ancianidad proecta, en un ya difícil equilibrio vital y, a cada momento, a punto de ver extinguirse la luz definitivamente



Pétain, aclamado por la juventud francesa.

te entre las cuatro paredes de su celda.

Somos muchos, ilustre marqués de Belleval, los que no podemos compaginar ambas cosas sin sorpresa y—por qué negarlo—sin mal humor. Somos muchos los que sentimos el impulso de acercarnos amistosamente a cualquiera de los martilleros que sacan a licitación los bienes, el historial o la vida de Pétain y decirles con el más persuasivo registro de voz que encontremos: —Pero, ¿por qué hacen ustedes eso?

Porque lo cierto es que lo que hacen no conduce a nada, ni a ejemplaridad siquiera. Ya no es enemigo el prisionero de la isla de Yeu. Rebasados los noventa años, el sepulcro abierto al borde mismo de sus pies vacilantes, nunca disputará a nadie ni una humilde Prefectura. Si, pues, como adver-



Marqués André de Belleval.

sario pasó, procúrese no dejarle ganar simbólicas batallas, él que tan efectivas las gana en la madurez de su vida, y si hasta a despojarle de sus títulos se llega, ojo y no se le canjeen por la aureola del martirio, ya que, sumada a los insubastables laureles de la victoria, daño ~~hacen~~ y no favor a sus seguidores.

Estos, subrayémoslo de paso, diríase que cuentan con el aviso de la muerte, a lo que parece a la brada para anunciar su venida y darles tiempo a permutarle el hogar por la prisión, pero pudiera producirse un fallo de los enlaces de la Parca con el ministro del Interior, y éste, y su país, y el mundo civilizado, que aun conserva su sensibilidad, encontrarse una mañana, para un universal bochorno, con que el viejo mariscal había rendido su postrer suspiro en la vejatoria atmósfera de un presidio vulgar.

Esa eventualidad es muy penosa, yo bien lo sé. Usted, señor

marqués de Belleval, lo sabe mucho mejor que yo, y, por ese motivo, mil inexpressables sentimientos se le cuajaron en las notas de la *Marsellesa*.

Puesto que en varias ocasiones he acudido al Hotel de Ventas de la rue Drouot, hoy me he puesto a pensar qué habría hecho de encontrarme, por casualidad, presente la tarde de su intervención. Creo, señor marqués de Belleval, que honrarme estrechándole, conmovido, la mano.

Como no estaba allí, ni en París, ni en Francia siquiera, he de encomendar a estas deslavazadas líneas que rindan a usted el homenaje a que le juzgo acreedor por su hombría de bien.

Salúdale devotamente,

Joaquín CALVO-SOTELO